

## Capítulo 76

### **Como Martín Lutero Oraba**

*Las súplicas de Martín Lutero*—“Al día siguiente tenía que aparecer para dar su respuesta final. Por un tiempo su corazón se cayó por dentro cuando contemplaba las fuerzas que estaban combinadas contra la verdad. Su fe no vacilaba; temor y estremecimiento le venía por cima, y horror le abrumaba. Peligros se multiplicaban por delante; sus enemigos parecían a triunfar, y los poderes de la oscuridad a prevalecer. Nubes se juntaban en su rededor y parecían separarlo de Dios. Anhelaba por la seguridad que el Señor de las huestes estaban con él. En angustia de espíritu se echó con su rostro sobre la tierra y derramó aquellos lloros de corazón quebrantado, que apenas Dios puede entender plenamente.

“O Dios todopoderoso y eterno’, suplicó. ‘¡Cuán terrible es este mundo! He aquí, éste abre su boca para tragarme, y tengo tan poca confianza en ti. . . . Si es sólo en el poder de este mundo que tiene que colocar mi confianza, todo se acaba. . . . Mi última hora ha venido, mi condenación ha sido pronunciada. . . . O Dios, ayúdame contra toda la sabiduría del mundo. Haz esto, . . . tú sólo; . . . porque esto no es mi trabajo, sino el tuyo. No tengo nada que hacer aquí, nada por el cual contender con estos grandes del mundo. . . . Pero la causa es tuya, . . . y es una causa justa y eterna. Oh Señor, ¡ayúdame! Fiel e invariable Dios, en ningún hombre coloco mi confianza. . . . todo lo que es del hombre es incierto; todo que procede del hombre fracasa. . . . Tú me has escogido por este trabajo. . . . Ponte a mi lado, por el bien de tu amado Jesucristo, quien es mi defensa, mi escudo, y mi torre fuerte’.

“Una providencia todo sabia había permitido a Lutero a conocer su peligro, para que no confíe en su propia fuerza y se apure presuntamente hacia el peligro. Sin embargo no fue el temor de sufrimiento personal, un pavor de tortura o muerte, que parecía ser inminente, que le abrumaba con su terror. Había venido a la crisis, y sentía su propia insuficiencia para enfrentarla. Por su debilidad la causa de la verdad podría sufrir pérdida. No por su propia seguridad, sino por el triunfo del evangelio que él luchaba con Dios. Como en el caso de Israel, en aquella lucha nocturna al lado del arroyo solitario, fue la angustia y conflicto de su alma. Como Israel, él prevaleció con Dios. En su impotencia extrema su fe pegó en Cristo, el poderoso Libertador. Estaba fortalecido con la seguridad que no aparecería

solo delante del concilio. La paz volvió a su alma, y regocijó que estaba permitido a levantar la Palabra de Dios delante de los soberanos de las naciones.

“Con la mente aferrada en Dios, Lutero se preparó para la lucha adelante. Pensaba sobre el plan de su respuesta, examinaba pasajes en sus propios escritos, y sacaba de las Santas Escrituras pruebas apropiadas para sostener sus posiciones. Entonces, colocando la mano izquierda sobre el Volumen Sagrado, que estaba abierto delante de él, levantó la mano derecha al cielo y juraba ‘a quedar fiel al Evangelio, y libremente confesar su fe, aunque sellara su testimonio con la propia sangre’”.—*El Conflicto de los Siglos*, p. 145, 146.

***El poder que sacudió el mundo***—“Cuando enemigos poderosos se unían para derribar la fe reformada, y miles de espadas parecían por ser desenvainadas en contra, Lutero escribió: ‘Satanás está avanzando su furia; pontífices malignos conspiran; y estamos amenazados con guerra. Exhortéis al pueblo a contender valientemente delante del trono del Señor, mediante fe y oración, para que nuestros enemigos, conquistados por el Espíritu de Dios, puedan quedar restringidos a la paz. Nuestra necesidad principal, nuestro labor principal, es la oración; que el pueblo sepa que ahora están expuestos a las filas de la espada y a la ira de Satanás, y que oren. . . .

“Desde el lugar secreto de la oración vino el poder que sacudió el mundo en la gran Reforma . Allá, con calma santa, los siervos del Señor colocaron sus pies sobre la roca de sus promesas. Durante la lucha en Augsburgo, Lutero ‘no paso ni un día sin dedicar un mínimo de tres horas a la oración, y fueron obras escogidas de aquellas más favorables al estudio’. En la privacidad de su cámara se escuchaba derramando su alma delante de Dios en palabras ‘llenas de adoración, temor, y esperanza, como cuando uno habla a un amigo’. ‘Yo se que tú eres nuestro Padre y nuestro Dios’, dijo él, ‘y que vas a esparcir a los perseguidores de tus hijos; porque tú mismo estás en peligro con nosotros. Todo este asunto es tuyo, y es solamente con tu permiso que hemos puesto en nuestras manos para hacerlo. ¡Defiéndenos, entonces, O Padre!’

“A Melanchton, quien estaba aplastado bajo el peso de ansiedad y temor, escribió: ‘Gracia y paz en Cristo—en Cristo, digo, y no en el mundo. Amén. Yo odio con odio extremo los cuidados extremos que te consumen. Si la causa es injusta, abandónala; si la causa es justa, ¿por qué desmentir las promesas de él que nos manda dormir sin temor? . . . Cristo

no estará en necesidad para la obra de justicia y verdad. El vive, él reina; ¿qué temor, entonces, podremos tener?”—*El Conflicto de los Siglos*, p. 192, 193.